

El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII.

Roger Chartier
Gedisa, Barcelona. 1996.

En esta obra, y en el conjunto de investigaciones realizadas en el campo de lo que se denomina *sociología de la lectura*, Roger Chartier introduce un interesante desplazamiento teórico para la constitución de una nueva perspectiva en el estudio de la lectura y los lectores. Ha sido común, desde la visión del autor, la consideración del libro como un objeto en sí mismo, como una materia *significante* autónoma, dejando de lado muchas veces las formas materiales que dan existencia al texto y lo ponen en las manos del lector.

Tras la significativa herencia del estructuralismo lingüístico y sus derivaciones en el campo de la hermenéutica literaria, toda obra podía ser considerada principalmente como una estructura de significado, resultante de una serie de relaciones sémicas incriptas en el interior del texto, que poco o nada dependían de sus contextos materiales de producción y circulación. El lenguaje contenía en sí, la presencia de redes de significado más o menos estables, que actuaban como reaseguro de la indeterminación propia de la actividad interpretativa.

Esta visión "autista" del texto respecto del proceso de producción discursiva, fue contrarrestada por una figura hegemónica en la labor hermenéutica: el lector. La descripción del acto de lectura, se adscribió desde entonces a la compleja maquinaria cognitiva, cultural e histórica que los receptores de los textos ponen en funcionamiento en la tarea de asignar o constuir el significado de los textos. El lector, en tanto figura reconstruida teóricamente desde los aportes de un abanico de disciplinas que van desde la psicología y el psicoanálisis hasta la sociología y los estudios culturales, se constituye en el eje privilegiado, en el prisma refractario de toda teoría de la lectura y la interpretación que debieron abandonar definitivamente la ilusión de teorizar sobre el significado de los textos por sobre el sujeto de la recepción.

La obra de Chartier pone en tensión nuevamente la complejidad del fenómeno teórico de la lectura tras la reconsideración, entre otros elementos, del proceso mismo de producción de los textos, cuya materialidad se inscribe necesariamente en las prácticas históricas de lectura. En tal sentido, el autor "salta" sobre una serie de dicotomías clásicas del análisis cultural (objetividad-subjetividad, culto-popular, contenido/interior-forma/exterior) y emprende la tarea de historizar las prácticas de lectura en Francia partiendo, no ya de categorías sociológicas

de “clases” de lectores, sino de la relación entre el libro –emergente material, físico, de un proceso social de fabricación económica y discursiva– y sus condiciones de legibilidad, “...poniendo de relieve ‘el sentido de las formas’ (...) la incidencia de los cambios en el formato, la presentación de textos, la compaginación, la incorporación de imágenes, la dialéctica de los espacios blancos y negros...sobre la lectura” (García Cancel, Prólogo ob.cit.) Pueden distinguirse así un conjunto de dispositivos que resultan de las decisiones editoriales o de las imposiciones del taller: “Los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos escritos, manuscritos, grabados, impresos (hoy electrónicos) (ob. cit).”

El orden de los libros está conformado por tres ensayos, en los que Chartier asienta algunos “pilares” teóricos para su recorrido de investigación: acerca de la figura del lector y de la comunidad de lectores, de la figura del autor, y de la institución de lectura: la biblioteca. Sus aportes resultan interesantes, particularmente para las investigaciones centradas en la producción bibliográfica y recepción de textos, en tanto revelan una faz innovadora respecto de los análisis de la lectura asentados exclusivamente en los contenidos aportados por el texto, o en los significados construidos por el lector. La materialidad de la producción bibliográfica (formatos, producción, distribución, etc.), en el sentido que Chartier la plantea, no sólo constituye una dimensión objetiva del asunto, sino que contribuye y se interrelaciona necesariamente con las formas en que la gente accede a los libros y los lee.

Gustavo Giménez